



*La Libertad guiando al pueblo (1830).
Autor: Eugène Delacroix.*

KARL MARX Y LA «GUERRA CIVIL» (I)

La guerra se ha desarrollado antes que la paz.

Karl Marx

*Muchos citan la frase de Heráclito: la guerra es madre de todas las cosas.
Pocos, sin embargo, se atreven a pensar en la guerra civil cuando la
utilizan.*

Carl Schmitt

Yebrail Ramírez Chaves*

I. Introducción

El objetivo principal del siguiente texto es identificar y analizar el concepto de «guerra civil» en el pensamiento de Karl Marx. Sin embargo, más que un estudio sistemático, procuraremos destacar ciertos pilares elementales del *corpus* marxiano a modo de introducción a la cuestión de la guerra civil en su teoría. De tal manera, la exposición se desplegará en la forma de comentario de algunos textos. Empezaremos abordando las raíces conceptuales de la guerra civil para luego atravesar la obra misma de Marx, resaltando la dimensión política, epistemológica y filosófica que en su pensamiento posee el concepto.

En lo referente a las fuentes, para nuestro objetivo central revisaremos con especial énfasis un pequeño grupo de textos redactados desde 1847-48 en adelante, dejando abierta la puerta a una futura investigación más completa sobre el desarrollo de las ideas de Marx, a lo largo de su vida, en lo concerniente a la guerra civil. Aunque la selección de escritos es acotada, no significa que sea azarosa. Es un tópico que trabajos como el *Manifiesto del Partido Comunista* o *La guerra civil en Francia*, que examinaremos acá, son clásicos para aproximarse a las ideas políticas de Marx. Nos interesa, preliminarmente, abordar este grupo de obras, ya que en ellas se plasman aspectos sobresalientes de su teoría general. En trabajos posteriores, estudiaremos el concepto de «guerra civil» en *El capital*, y luego trataremos de analizar sus desarrollos en la praxis y el pensamiento de Vladimir Lenin.

Finalmente, queremos prevenir ante eventuales malentendidos sobre el vocabulario político de Marx y sus cargas semánticas, evitando contaminar el análisis con cualquier tipo de valoración anacrónica, distorsionada por categorías y conceptos del orden hegemónico y políticamente correcto.

* Doctorando en Filosofía, Universidad de Chile; Magíster en Historia, Universidad de Santiago de Chile; Filósofo, Universidad Libre de Colombia. Investigador y docente de filosofía. Correo electrónico: yebrarc@gmail.com

II. Concepto (proscrito) de «guerra civil»

¿Qué es una guerra civil? Debemos partir por esta cuestión, para guiar nuestro análisis, pues de lo contrario nos extraviaremos en divagaciones eufemísticas, desorientados por el sentido común, por los discursos oficiales, por el moralismo ingenuo y por la pacificación del capital, que han satanizado, prohibido y enmudecido el concepto. Éric Alliez y Maurizio Lazzarato llaman la atención sobre el hecho que «la primera función del poder es negar la existencia de las guerras civiles, borrando hasta su memoria» (2021a, p. 46). Si la hegemonía implica, entonces, la *proscripción* del concepto de guerra civil, ocultar su presencia a la conciencia, mientras la ejecuta como mecanismo de control político-militar, y de reproducción y valorización del capital, la tarea del pensamiento crítico y de la alternativa anticapitalista, como exigió Walter Benjamin, se manifiesta a contrapelo: repatriar el concepto al campo del pensamiento y de la praxis, hacerlo visible. En otras palabras, nuestro primer paso consistirá en decir su nombre.¹

Etimológicamente, «guerra civil» deriva del término latino *bellum civile*,² un conflicto armado entre *cives* (ciudadanos). En la antigua Roma, los *cives* eran aquellos individuos libres pertenecientes a la *civitas* (ciudad), y que gozaban de ciertos privilegios, derechos y obligaciones específicas, lo que los diferenciaba de otras capas sociales. Su contraparte son los *peregrinus* (extranjeros), sujetos libres pero externos a la *civitas*, habitantes de otras tierras. Por esto, la guerra civil se distingue de una guerra externa que se da entre unidades políticas diferentes o entre Estados y con combatientes que chocan entre sí sabiéndose mutuamente extranjeros. Aquí aflora una compleja e inestable delimitación topológica que perdurará, no sin perturbaciones, en la historia: lo *interno* y lo *externo*, el *adentro* y el *afuera*. La guerra civil, *stricto sensu*, brota del *interior* de la *civitas*, no del exterior, y los enemigos son esencialmente *internos*: «la guerra civil es lucha armada en el interior de una unidad organizada» (Schmitt, 2001, p. 182).

En consecuencia, uno de los rasgos básicos de la guerra civil consiste en que los miembros de los bandos beligerantes pertenecen al mismo cuerpo político, al mismo *status*, ninguno es *peregrini*.³ Los contendientes en armas participan, pues, de tradiciones, valores y lengua comunes. El adversario en la guerra civil no es *hostes* (extranjero enemigo del Estado), desconocido y ajeno, sino familiar⁴ y conocido. Es precisamente esta familiaridad de los beligerantes la que pone de relieve, en palabras de David Armitage, el carácter «paradójico» de la guerra civil (2017b, p. 33). Por ello, en la *bellum*

1. «La guerra civil a menudo rechaza decir su nombre. Abundan los eufemismos» (Kalyvas, 2010a, p. 34).

2. Normalmente suele asociarse al vocablo griego *στάσις* – *stasis*. Sobre la guerra civil como hecho y concepto político-filosófico en la Grecia antigua pueden consultarse Loraux, N. (2008). *La ciudad dividida. El olvido en la memoria de Atenas*. Katz Editores; Agamben, G. (2017). *Stasis. La guerra civil como paradigma político*. Adriana Hidalgo editora, S. A.; Arancibia Carrizo, J. P. (2023). *Pólemos y Stásis. Vestigios y bordes trágicos de lo bélico y lo político*. Ediciones La Cebra / Editorial Palinodia.

3. Esta precisión conceptual no significa desconocer la participación de extranjeros en muchas guerras civiles a lo largo de la historia. Pero, cuando se trata de esta forma específica de guerra, dichas vinculaciones suelen ser excepcionales, particulares y contingentes, no generales ni necesarias, por lo que no afectan ni el concepto, ni sus orígenes, ni su naturaleza. Ahora bien, a partir del siglo XX han visto la luz conceptos como «guerra civil europea» (Franz Marc, Ernst Nolte) o «guerra civil mundial» (Carl Schmitt, Hannah Arendt), que dan cuenta de las (re)localizaciones, las ambigüedades, los cambios y las mayores complejidades que esta forma de guerra ha adoptado en la fase imperialista y en la actual fase planetaria de la acumulación capitalista.

4. Recordemos que Platón en *Menéxeno* se refirió a la *stásis* ateniense del año 404 a. C. como «ὁ οἰκεῖος ἡμῶν πόλεμος (nuestra guerra familiar) (243e)».

civile, entre combatientes podían espetarse de igual modo el honroso «*civis romanus sum* (soy ciudadano romano)». Acuñando con cautela un concepto central en Sigmund Freud, la guerra civil hace de cada ciudadano das Unheimliche (lo ominoso, lo siniestro),⁵ pues de cotidiano y familiar mutó, por medio de la división y la violencia bélica, en su *contrario*, en aterrador y amenazante. Cada bando observa, siente y comprende a su «conciudadano-enemigo» como das Unheimliche, como lo que devino *ajeno y siniestro*.

Para Carl Schmitt «la guerra civil tiene algo especialmente cruel. Es guerra entre hermanos porque se desarrolla dentro de una misma unidad política que comprende también al adversario y dentro del mismo ordenamiento jurídico» (2010b, p. 56). Reinhart Koselleck, por su parte, señala que «las guerras civiles (...) se han producido donde ambos o todos los partidos se definían como enemigos en la misma lengua para luego matarse». (2012, p. 195). Stathis Kalyvas destaca, además, que la «guerra civil se define (...) como un combate armado dentro de los límites de una entidad soberana reconocida, entre partes sujetas a una autoridad común al comienzo de las hostilidades» (2010a, p. 35).

Los detonantes de las guerras civiles son múltiples, y sus causas siguen siendo materia de investigación de las diversas variantes de la historiografía, la sociología o la filosofía política. Pero analizar o mencionar las heterogéneas conclusiones a las que se ha arribado en este asunto, sea en Tucídides, Marsilio de Padua, Niccolò Machiavelli o Thomas Hobbes, desborda nuestro propósito. En tal medida, más modestamente, acotamos que, aunque las guerras civiles han evolucionado a lo largo de la historia, las premisas acá establecidas nos permiten proseguir en terreno seguro para indagar la *especificidad* del concepto marxiano, que retoma, ajusta y renueva su par clásico. ¿Cuál es el concepto de Marx?

III. Repatriando al concepto

En la mordaz crítica dirigida a Pierre-Joseph Proudhon, *Miseria de la Filosofía*, refiriéndose a la historia de los conflictos entre los trabajadores asociados y los capitalistas coaligados, dice Marx lo siguiente: «En esta lucha [*lutte*] —verdadera guerra civil [*véritable guerre civile*]— se van uniendo y desarrollando todos los elementos necesarios para la batalla por venir [*bataille à venir*]. Al llegar a este punto, la coalición [de los trabajadores] toma carácter político [*caractère politique*]» (1975b, p. 120).

En este pasaje, la expresión «*guerre civile*» ostenta un importante sentido político difícil de ignorar. La cita en cuestión se encuentra en el apartado 5 «Las huelgas y las coaliciones de los obreros», del capítulo segundo «La metafísica de la economía política». La médula del contenido de este apartado es la crítica de Marx al rechazo que Proudhon manifiesta hacia las coaliciones de trabajadores por considerarlas contraproducentes y dañinas, y la correspondiente justificación de la organización de los trabajadores con miras a la revolución.

Lo interesante aquí es el procedimiento argumental y las palabras que usa en su respuesta. En primer lugar, Marx señala que, en Inglaterra, ante las huelgas obreras por mejoras salariales y de

5. En 1919 Freud escribió el artículo *Das Unheimliche*, traducido al castellano como *Lo ominoso*. Ver Freud, S. (1986). *Lo ominoso*. En S. Freud, *Obras completas. Volumen 17 (1917-19)*. De la historia de una neurosis infantil y otras obras, (pp. 215-251). Amorrortu editores, S. A.

condiciones laborales desde finales del siglo XVIII, la clase capitalista introdujo o usó la maquinaria como «*l'arme* (el arma)» contra los trabajadores en lucha (1975b, p. 115), por cuanto su implementación tiene por efecto el despido masivo.⁶ Es decir, Marx concibe aquí el desarrollo tecnocientífico en la producción, la maquinaria y los procesos de automatización, como un *arsenal bélico* de una clase social; piensa la economía misma como un campo de batalla, *con armas* dispuestas a *ser usadas* para defender intereses propios y lacerar ajenos.⁷ Tal tesis fue sostenida por Marx con anterioridad. En la célebre carta suya a Pável Vasílievich Annenkov, escrita en Bruselas el 28 de diciembre de 1846, siete meses antes de la publicación de *Miseria de la filosofía*, apunta que, al menos en Inglaterra, «la invención y la aplicación de las máquinas no ha sido más que un resultado de la guerra [*guerre*] entre patronos y obreros» (1975b, p. 136). Años después, en *El capital*, dirá incluso que la máquina, como medio de trabajo capitalista, *mata* [*erschlägt*] al trabajador (1975a, p. 526).

Pero el argumento del libro prosigue. Marx ofrece una resumida descripción del proceso de asociación de la clase trabajadora, que ocurre precisamente en medio de esta guerra y cuyos momentos son acciones de guerra. Primero, sobreviene un *vínculo espontáneo*, objetivo, entre individuos trabajadores inicialmente desconocidos entre sí, derivado de su concentración en la fábrica; luego, se desarrolla la *coalición elemental*, circunscrita a los miembros del mismo espacio laboral, para la defensa de un interés *común* pero *opuesto* al de su empleador; tercero, se evoluciona hacia la *asociación* de las *coaliciones* a fin de enfrentar a la *asociación* de los capitalistas; finalmente, el proceso alcanza la *organización política*, donde se decide el asunto del poder, del Estado y de la revolución (1975b, pp. 119-121). Solo en este momento político revolucionario la clase trabajadora deviene su propia verdad, su existencia coincide con su esencia, pasando de ser *en sí a para sí*. Tal proceso, además, no es lineal, armonioso o pacífico, sino que se extiende como una dinámica belicosa de ofensiva y contraofensiva, ataques y contrataques, repliegues y avanzadas, victorias y derrotas, tanto por parte de los trabajadores como por parte de los capitalistas.

Como se ve, el recorrido que yuxtapone o combina las cuatro fases no es de concordia sino de lucha y conflicto entre *dos bandos*, *dos sujetos* precisos. Y Marx denomina a semejante *proceso de polarización*, en sus cuatro fases, una «*véritable guerre civile* (verdadera guerra civil)» (1975b, p. 120). Los dos campos en batalla, trabajadores y capitalistas, están trenzados hostilmente, cara a cara — Marx usa la expresión *vis-à-vis*, que semánticamente denota oposición, desafío, confrontación, pugna—, en una enemistad absoluta.

6. Marx, a diferencia de Proudhon, mostró mayores conocimientos históricos acerca de la historia de las luchas populares en contra del desarrollo capitalista en Inglaterra. Un breve y no sistemático catálogo de las batallas de clase de este periodo en aquel país refuerza la lectura del pensador de Tréveris: a) las revueltas del hambre en 1766; b) los disturbios de los cargadores de carbón en Londres, en 1768; c) la huelga de hilanderos de algodón en Manchester, en 1810; d) el ludismo de la segunda década del siglo XIX; e) los levantamientos obreros de Swing, en el sur y el oriente de Inglaterra, entre 1830 y 1831; f) el nacimiento del cartismo en 1836; g) la *Plug Plot Riots*, primera gran huelga general proletaria en 1842. Para indagar más sobre las luchas de trabajadores en Inglaterra durante el siglo XVIII y comienzos del XIX pueden consultarse Rudé, G. (2009). *La multitud en la historia. Los disturbios populares en Francia e Inglaterra (1730-1848)*. Siglo XXI de España Editores, S. A.; Hobsbawm, E. & Rudé, G. (1978). *Revolución industrial y revuelta agraria. El capitán Swing*. Siglo XXI de España Editores, S. A.

7. «La esencia del concepto de arma está en el hecho de que ella es un instrumento de eliminación física de hombres» (Schmitt, 2001, p. 182).

Es la relación de sometimiento de un grupo social sobre otro, la *Herrschaft* (dominación) del capital, lo que Marx reconoce como fuente de los conflictos, como condicionante de los métodos y medios de lucha, y como aliciente para la praxis revolucionaria.

Estas indicaciones nos muestran dos cosas: que el sujeto para Marx es una clase social, y que las clases son los grupos beligerantes, los ejércitos, en esta lucha social interna que es una «verdadera guerra civil», lo que no contradice su concepto general, por cuanto, *en este nivel de la exposición*, tanto trabajadores como capitalistas pertenecen al mismo cuerpo político, el moderno Estado-nación.

¿Cómo surgen estos bandos? «Las condiciones económicas transformaron primero a la masa de la población del país [*pays*] en trabajadores» (1975b, p. 120). El sujeto trabajador devino tal por las condiciones económicas que Marx desentrañará y de las cuales expondrá su arcano en *El capital*. Pero lo sugestivo aquí es que Marx enfoque su análisis a un país, a una unidad política, bien puede ser Inglaterra (ejemplo principal en *Miseria de la filosofía*), bien puede ser Francia (ejemplo principal de los *Manuscritos parisinos de 1844*), bien puede ser cualquier unidad política, cualquier Estado-nación, en el que domine la forma social capitalista. Así, tiene sentido la alusión a la guerra civil por cuanto los beligerantes son algo más que solo ciudadanos, son clases sociales que existen, actúan y luchan, inicialmente, en el *interior* del país.

¿Por qué se definen estos grupos como bandos en una guerra civil? Por ahora la respuesta de Marx es más bien austera, pero no por ello menos significativa y cristalina: «la dominación del capital [*la domination du capital*] ha creado a esta masa [los trabajadores] una situación común, intereses comunes. Así, pues, esta masa es ya una clase con respecto [*vis-à-vis*] al capital» (1975b, p. 120). En otros términos, la *existencia de la dominación* determina la *oposición* de intereses entre los sujetos fatalmente relacionados, y por tanto su enemistad, siendo esto el fermento de la lucha mutua. La *clase dominada, sometida*, o, como diría Antonio Gramsci, *subalterna*, determina su lugar en la vida social y en la historia, sus experiencias y ordenaciones de sentido, sus intereses, por *oposición a la clase que la domina*. En tal relación de asimetría, desventaja y de poder, las tensiones no pueden menos que bullir. Por lo mismo, es la *relación de sometimiento* de un grupo social sobre otro, la *Herrschaft* (dominación) del capital, lo que Marx reconoce como fuente de los conflictos, como condicionante de los métodos y medios de lucha, y como aliciente para la praxis revolucionaria.

Por ello, la contradicción de la existencia del proletariado en la guerra civil moderna hunde sus raíces en el hecho que puede y no puede decir de sí *civis romanus sum*, dado que es «una clase de la

sociedad burguesa que no es una clase de la sociedad burguesa» (2008, p. 108). Esta contradicción se refleja como ambigüedad semántica, pues la expresión alemana *bürgerliche Gesellschaft* se traduce igualmente como «sociedad civil» y «sociedad burguesa» (el sustantivo *bürger* significa «ciudadano» y «burgués»). Llevado a la cuestión de la guerra civil, que en alemán es *Bürgerkrieg*, el asunto adquiere complejidades interesantes, ya que, bajo el lente teórico marxiano, la *Bürgerkrieg* es, en efecto, una guerra entre ciudadanos, pero no entre burgueses. ¿Dónde queda el proletariado? En un «no-lugar» semántico, tanto en la guerra como en la sociedad, mientras persista su situación histórica de sometimiento al capital.

Al tener presente que «la existencia de una clase oprimida es la condición vital de toda sociedad fundada en el antagonismo de clases» (1975b, p. 120), y que esta condición vital es la base del *proceso de polarización* descrito como «verdadera guerra civil», Marx increpa al socialismo pequeñoburgués y utópico en general, y a Proudhon en particular, con una pregunta retórica contundente: «¿puede causar extrañeza que una sociedad basada en la oposición de las clases [*l'opposition des classes*] llegue, como último desenlace, a la *contradicción* brutal [*la contradiction brutale*], a un choque cuerpo a cuerpo [*choc de corps à corps*]?» (1975b, p. 120). Dicho choque saca a luz el dilema de la revolución propuesta por Marx, en contraposición al utopismo de Proudhon, dado que «la lucha de clase contra clase es una lucha política (...) que, llevada a su más alta expresión, implica una revolución total» (1975b, p. 120-122), o sea, una revolución política y social al mismo tiempo.

Si tenemos en cuenta, además, una carta de Proudhon a Marx, escrita en Lyon el 17 de mayo de 1846, lo dicho por Marx se revela en toda su claridad como una antítesis absoluta con el proyecto del socialista francés. En efecto, en dicha misiva Proudhon rechaza de plano cualquier llamado a la fuerza, a la violencia, a la revolución: «no debemos fijar la acción revolucionaria como un medio de reforma social, porque ese pretendido medio sería simplemente un llamado a la fuerza, a lo arbitrario, concretamente una contradicción» (1975b, p. 129). Si Proudhon huye de la *contradicción*, Marx la acoge como necesidad y hecho histórico de la lucha de clases, la guerra civil y la revolución.

De tal manera, en el argumento de Marx tenemos *una imagen en movimiento*. Del *vis-à-vis* inicial, producto de las condiciones económicas objetivas que agrupa a los individuos en clases e intereses distintos, nos trasladamos al *corps à corps*, resultado de la lucha de clases en su fase política revolucionaria, donde los intereses se revelan como incompatibles, sin coexistencia posible, derivando en el dilema inapelable del «combate o la muerte, la lucha sangrienta o la nada» (1975b, p. 121). En otros términos, el movimiento desde el *vis-à-vis* hasta el *corps à corps* se desarrolla como *proceso de polarización*, en las cuatro fases básicas descritas páginas arriba, y es lo que Marx denomina, en este momento de su producción teórica, guerra civil. Para el pensador de Tréveris, al *atravesar* la guerra civil hacia la revolución, la relación de poder entre las clases se torna menos sólida y natural, más modificable y eliminable.

Ahora bien, cuando nuestro autor presenta el «desenlace» de la guerra civil, la «batalla por venir», con la figura de «choque cuerpo a cuerpo», indica al menos dos cosas. Primero, que tanto la lucha de clases y la guerra civil, como su posible y deseado desenlace revolucionario, son, en términos de Enzo Traverso, una «experiencia corporal» (2022, p. 130), ya que *en* los cuerpos y *con* los cuerpos

opera el conflicto, pues la guerra civil no solo es concepto, es también y fundamentalmente una encarnación, y los movimientos de la acción son tanto cinéticos como histórico-dialécticos. Segundo, el vocablo «cuerpo» indica una doble naturaleza, dado que, retomando una idea de Ernst H. Kantorowicz,⁸ en este cuerpo que choca contra otro convergen tanto del *cuerpo físico individual* de quien interviene de diversas maneras en la lucha, como del *cuerpo social* del sujeto-clase al que pertenece y/o representa.

Hasta aquí podemos extraer, mínimo, tres conclusiones provisionales: primera, cuando Marx adjudica a la confrontación entre las clases sociales modernas la característica de una guerra civil, amplía y redefine el sentido clásico romano, acercándose parcialmente más a la concepción griega de stásis como disensión en la *polis*. La sociedad moderna, en cualquier país, se encuentra de hecho dividida, *polarizada*, en clases sociales antagónicas y funda su existencia en esta división, es decir, se encuentra en un *estado permanente de stásis*, con intensidades variables y expresiones en esferas heterogéneas (jurídico-legales, políticas, culturales, militares, económicas, discursivas), que pueden agudizarse hasta las fases más sangrientas del conflicto. La guerra civil, entonces, es una institución política propia de la sociedad dividida en clases.

Segunda conclusión, Marx posiciona la moderna guerra civil entre clases como el *proceso histórico permanente* que puede *conducir* a la revolución, se *comunica* con ella, pero *no es idéntica* a ella. Con este procedimiento teórico, Marx se cuida de hacer una sinonimia entre ambos términos, pero también se distancia del entendimiento Ilustrado, coronado por todas las variantes del socialismo utópico, que progresivamente separó y opuso la revolución a la guerra civil (Koselleck, 2012, p. 34), y con ello proscribió el concepto del suelo del pensamiento político socialista, lo expulsó del proyecto de transformación social, lo condenó al ostracismo de lo irracional. Si la concepción Ilustrada y utópica de revolución como manifestación de la Razón no podía emparentarse de ningún modo con la crueldad, la sangría y la violencia de la guerra civil (Koselleck, 2007, pp. 216-217); Marx, a contrapelo de esta tendencia, comete una repatriación conceptual, penetrando la facticidad hacia la realidad social e histórica, y rearticula el concepto de guerra civil en la teoría de la revolución y en el proyecto socialista.

La tercera conclusión consiste en que esta repatriación conceptual de la guerra civil le permite a Marx precisar y consolidar la postura política independiente del proletariado revolucionario, el comunismo, en franca lid con las tendencias utópicas, idealistas y pequeñoburguesas del socialismo, como la representada por Proudhon. No es casual que Marx reprochara a su ex colega que «en lugar de las terribles guerras que se preparan entre las distintas clases de una nación (...); en lugar de la acción práctica y violenta de las masas, la única que puede resolver estos conflictos (...), Proudhon nos da el fantástico movimiento de su cabeza» (1975b, p. 141). El concepto de guerra civil permite separar aguas y aclarar las posiciones.

IV. Lo oculto y lo visible

Pero la guerra civil también desempeña una función crítica de desvelamiento del inframundo de la forma sociedad moderna, y a la vez, ella misma es desvelada como inframundo por la crítica a esa

8. Ver Kantorowicz, E. (2012). *Los dos cuerpos del rey. Un estudio de teología política medieval*. Ediciones Akal, S. A. Sobre esta bicorporalidad de los sujetos en el contexto de experiencias y teorías de la revolución, consultar Traverso, E. (2022). *Revolución: una historia intelectual*. Fondo de Cultura Económica.

forma social. En el *Manifiesto del Partido Comunista*, primera parte «Burgueses y proletarios», Marx y Engels indican que «al esbozar las fases más generales del desarrollo del proletariado, hemos seguido el curso de la guerra civil [*Bürgerkrieg*] que se desarrolla, más o menos oculta [*versteckten*], en el seno de la sociedad existente, hasta el momento en que estalla una revolución abierta [*offene Revolution*], y el proletariado, derrocando violentamente [*gewaltsamen Sturz*] a la burguesía, implanta su dominio [*Herrschaft*]» (2018, p. 69).

Este pequeño fragmento es bastante rico en categorías y profundidad filosófico-política. Los autores parten por hermanar «desarrollo del proletariado», o sea, su historia, con «guerra civil». Esta tesis es en sí misma un criterio historiográfico de investigación: para aprehender en su esencia la historia de esta clase social moderna es forzoso reconocer que el mundo de su existencia es de «guerra civil [*Bürgerkrieg*] más o menos oculta [*versteckten*]». Cerca de noventa años después del *Manifiesto*, Walter Benjamin (*Tesis sobre el concepto de Historia*), sensible a este mensaje, canonizará al criterio como principio y deber del materialista histórico. Así, el concepto adquiere un grado de mayor abstracción y, por tanto, es universalizable a la época moderna, en sintonía con las principales categorías del *Manifiesto*.

Ahora bien, el centro del fragmento se encuentra, a nuestro entender, en el carácter más o menos oculto de la guerra civil. Esto es vital porque matiza y le atribuye a la guerra civil grados de encubrimiento o exposición, de oscuridad o luz, de sombras o claros. Y estos grados están en directa relación con el proceso de lucha ascendente del proletariado, desde la básica asociación reivindicativa hasta la confrontación abierta por el poder político y el socialismo (2018, pp. 61-69). Así, a mayor nivel de politización, organización y lucha de los subalternos, menor grado de ocultamiento de la guerra civil, y viceversa. De tal manera, Marx y Engels complementan con la praxis política de los trabajadores el proceso de desocultamiento que lleva a cabo la crítica. Es precisamente la unidad de teoría y praxis la que *revela* que en el seno, en el interior, en el corazón mismo de la forma social moderna, existe una guerra civil; que la fábrica, la economía, las asociaciones, los sujetos y el Estado están impregnados de esta guerra y fueron forjados por ella; son formas fenoménicas de gestionar y experimentar, en la superficie, un conflicto subterráneo. Parafraseando a Giorgio Agamben (2017a), estamos hablando de un «concepto paradigmático» de lo social, económico y político, articulado en niveles de abstracción y de realidad.

Pero lo oculto tiene su antónimo. Marx y Engels, en el texto citado, establecen un movimiento conceptual que expresa el movimiento histórico: el paso de *das versteckt* a *das offen*, de lo oculto a lo abierto. Según el pasaje, el desvelamiento completo de la guerra civil más o menos *oculta* es, a la vez, su transformación en revolución anticapitalista *abierta*. Esta idea de un *mostrarse* aquello que permanece *secreto* se proyecta también en *Las luchas de clases en Francia* de 1848 a 1850, donde Marx, refiriéndose a la rebelión de los trabajadores galos, el 22 de junio de 1848, contra orden galo dominante, registra que fue «la primera gran batalla entre las dos clases de la sociedad moderna. Fue una lucha por la conservación o el aniquilamiento del orden *burgués*. El velo que envolvía a la República quedó desgarrado» (1973b, p. 229). Una vez más, un velo cubre un rostro.

Pero ¿en qué consiste el velo? En la forma gobierno y la forma Estado, es decir, en la forma política que adopta la impersonal *dominación* [*Herrschaft*] capitalista, que presenta el proceso de socialización como vinculación aséptica entre iguales y libres, mediado y lubricado por acuerdos racionales establecidos por agentes plenamente conscientes, siendo la república democrática la forma política pura, perfecta, de esta forma apariencial. La existencia misma de la guerra civil, así sea en pigmentos tenues y grados menores, queda escondida tras bambalinas, inaccesible a la mirada y a la conciencia mistificada, al sentido común. Así, la *Herrschaft* del capital no solo constituye una fuente de la guerra civil, también es la concreta e histórica práctica sociopolítica que la encubre. Como el Minotauro, la guerra civil es un fruto monstruoso que luego es retenido y escondido en las profundidades de un inexpugnable mundo laberíntico.

Por ejemplo, las innovaciones tecnológicas en la producción y en el complejo industrial militar, incluyendo la Inteligencia Artificial, aparecen más como neutrales y sorprendentes resultados científicos, y menos como armas de guerra del capital contra el trabajo; las instituciones democráticas liberales, sus rituales, son la máscara y el disfraz de un impersonal rostro, cuerpo, piel y corazón despótico que ejecuta una guerra civil contra los subalternos. La escotomización de la guerra civil sustenta las ilusiones y los espejismos del progreso, la democracia y la armonía; para que estas ilusiones y espejismos sean eficaces, la guerra civil debe ser escotomizada. Marx, en tanto crítico y político, analiza, descompone y denuncia el encubrimiento del poder de clase, de sus instituciones y, en general, de la *totalidad del orden social dominante*, y los presenta en su condición esencial como dispositivos de reproducción, control, hegemonía.

La *fraternité*, la hermandad de las clases antagónicas, una de las cuales explota a la otra, (...) tiene como verdadera, auténtica y prosaica expresión la *guerra civil*; la guerra civil bajo su forma más espantosa, la guerra entre el trabajo y el capital.

[...] *La revolución de Junio* es la revolución *fea*, la revolución repelente, (...) porque la república puso al *desnudo* la cabeza del propio monstruo, al echar por tierra la corona que la *cubría* y le servía de *pantalla* (1973b, p. 230).

«Cubrir» y «pantalla» por un lado, «verdad» y «desnudez»⁹ por otro lado, son los términos antitéticos de Marx para confesar su comprensión de la realidad moderna burguesa como una que se estructura en niveles de claridad y opacidad, visibilidad e invisibilidad. No se trata de un ardid estilístico. Así, Marx muestra que la totalidad de la sociedad capitalista se desdobra en *apariciencia* y *esencia*, y que a los agentes que existen en ella no siempre les es posible, de manera automática, viajar a las profundidades infernales del mundo moderno.¹⁰ Pero las formas fenoménicas no son meros errores subjetivos ni caprichosas manipulaciones, son, por el contrario, formas social e históricamente necesarias y objetivas, son *apariciencias objetivas*, del ser, de la realidad, son un momento de lo real, o, en palabras de Jindřich Zelený, componen un «sector o estrato», el superficial, de la «estructura ontológica dialéctica de la realidad» (1978, pp. 119-120). En este sentido, Clara Ramas San Miguel enfatiza que el *terminus technicus* marxiano es *Erscheinungsform* (forma de apariencia), que designa «aquella forma de mostrarse una cosa en su existencia efectiva

9. Sobre el concepto de «desnudez» en Marx puede consultarse Berman, M. (2004). *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Siglo XXI Editores, S. A. de C. V.

10. En *El capital, die Hölle* (el infierno) es un recurso metafórico importante de Marx para describir y analizar el modo de producción capitalista. Recientemente se publicó un excelente estudio al respecto, investigando la estructura de El capital y su contenido esencialmente político, inspirada en el «Infierno» de la *Divina comedia*, de Dante Alighieri: Roberts, W. (2017). *Marx's inferno. The political theory of Capital*. Princeton University Press.

La
escotomización de
la guerra civil
sustenta las
ilusiones y los
espejismos del
progreso, la
democracia y la
armonía; para que
estas ilusiones y
espejismos sean
eficaces, la guerra
civil debe ser
escotomizada.

que, sin embargo, encubre su propio ser» (2021b, p. 194).

Ocurre, entonces, una *inversión*: la guerra civil existe y es constitutiva de la sociedad moderna, es la «espantosa guerra entre trabajo y capital», pero, no obstante, no se presenta en el plano fenoménico como tal, sino como su opuesto: paz social, acuerdo, contrato laboral, contrato social, república, Estado, etc. *Aunque la guerra civil es omnipresente, se le toma por ausente*. Tal *unidad contradictoria* entre apariencia y esencia, forma y contenido, aguza la tensión ontológica y social, pues el ser social, para alcanzar su verdad, *debe* manifestarse mediante la negación de su mera facticidad. La guerra civil entre capital y trabajo queda, pues, al descubierto, visible ante los ojos desengañados de los subalternos, únicamente afirmándose y desarrollándose como tal guerra civil, hasta su forma pura, a saber, la confrontación violenta, armada, entre las clases antagónicas. Al emerger del fondo, fractura la quietud del presente; la disputa entre pasado y futuro, entre revolución y contrarrevolución, se *actualiza*, junto con la posibilidad efectiva del genuino cambio histórico, del concreto movimiento *del* tiempo mismo, superando el abstracto movimiento en el tiempo (Postone, 2025, p. 344-345).

Tamaño dinámica de descubrimiento de la guerra civil repercute en el desarrollo de la conciencia de clase de los trabajadores, en el paso de la conciencia empírica a la conciencia atribuida (György Lukács), produciendo la *anagnórisis*, con consecuencias gnoseológicas, existenciales y políticas para los sujetos. Existenciales, porque el proletariado, en esta fase histórica, experimentará su situación social y la presencia de la burguesía como lo siniestro por antonomasia, como *das Unheimliche*, y lo real se torna para él *irracional e insoportable*; gnoseológicas, porque «el nacimiento del marxismo significa la superación de la contraposición tradicional de gnoseología y ontología en un método filosófico de investigación lógica de fundamentos que es nuevo en principio y que, por su contenido, se puede calificar de ontopraxeológico» (Zelený, 1978, p. 12); políticas, porque la hegemonía sobre la sociedad se disputa a muerte por agentes irreconciliables, porque la sustitución de la *Herrschaft* del capital por la *Herrschaft* del trabajo adquiere actualidad. Marx comprende, por tanto, que el desvelamiento del secreto de la sociedad moderna, que el *desocultamiento* —en el sentido filosófico fuerte de la voz griega *αλήθεια* (verdad)—, es una tarea de Jano: crítica y práctica, transición del pasado al futuro.

Antes que Marx, los owenistas también veían que el «sistema comercial es un “imperio de fuerza y fraude”, “una vasta Babel de intereses, en la que la verdadera caridad, la moral y el amor fraternal no tienen existencia”, “una guerra civil encubierta[*covered civil warfare*]”» (2017c, p. 68), pero se diferenciaban del filósofo de Tréveris en el hecho de ver esta guerra civil como una afección o una anomalía en el *deber ser* de un sistema comercial fundado en intercambios libres y principios equitativos (2017c, pp. 67-68). No comprendían, por tanto, la guerra civil como el proceso y la forma oculta necesaria de la sociedad moderna, ni como la *potencia* que desata la revolución y la emancipación, sino como un mal o una corrupción moral de la sociedad.

La distancia insalvable entre la postura owenista (y con ella la de todo tipo de izquierda utópica, de ayer y hoy) y la marxiana se puede observar en la obra *La guerra civil en Francia*. Este trabajo es clave para nuestra lectura porque en él, a partir del título mismo y su contenido, Marx calificará sin rodeos a los acontecimientos históricos que dieron vida y muerte a la Comuna de París como una guerra civil. Y hacia el cierre del documento, en su parte IV (dedicada a retratar la derrota de la Comuna), analiza los violentos choques armados entre los comuneros y el ejército del gobierno de Adolphe Thiers, no solo explicando sino también *justificando* las acciones bélicas de los trabajadores incendiando edificios y posiciones durante la retirada¹¹:

En la guerra [*Im Krieg*], el fuego es un arma [*waffe*] tan legítima [*rechtmäßige*] como cualquier otra. Los edificios ocupados por el enemigo se bombardean para pegarles fuego. Y si sus defensores se ven obligados a evacuarlos, ellos mismos los incendian, para evitar que los atacantes se apoyen en ellos. El ser pasto de las llamas ha sido siempre el destino ineludible de los edificios situados en el frente de combate de todos los ejércitos regulares [*regelmäßigen Armeen*] del mundo. ¡Pero he aquí que en la guerra de los esclavizados [*Krieg der Geknechteten*] contra los esclavizadores —la única guerra justa de la historia [*dem einzig rechtmäßigen Krieg in der Geschichte*]— este argumento ya no es válido! (1973a, p. 252).

A primera vista, las palabras parecen meramente descriptivas, constando que una de las diversas acciones que ocurren normalmente en cualquier guerra, antaño y hogaño, es el recurso al fuego para, entre otras maniobras, el incendio y la destrucción de infraestructura, con fines estratégico-militares. Sin embargo, estas líneas son, en el fondo, una *contestación* a los lamentos y las acusaciones indignadas, fariseas, de la prensa burguesa y el gobierno francés contra el uso de las armas (incluyendo el incendio) por parte de los comuneros. El sarcástico comentario entre signos de admiración es, se entiende, una impugnación a la pretensión de la hegemonía de moralizar, cuestionar y paralizar a los trabajadores y sus métodos de lucha cuando la guerra civil abierta, armada, pura, ya está en marcha. Si el owenismo, el proudhonismo y demás tendencias utópicas destacan por su pacifismo ingenuo, el poder del capital presume una hipocresía desvergonzada. Ambas, empero, de uno u otro modo, endurecen el encadenamiento de los trabajadores y atrofian su praxis emancipatoria.

11. Tanto en los combates armados como en las acciones incendiarias contra los edificios durante la Comuna, sobresale el protagonismo de las comuneras y trabajadoras, muchas asociadas en *L'Union des Femmes* y enlistadas en la legión de mujeres en armas *Amazone de la Seine*. La propaganda contrarrevolucionaria señalaba despectivamente a estas mujeres con el mote de *pétroleuse* (incendiaras). Sobre los acontecimientos de la Comuna de París, además del trabajo de Marx, se pueden estudiar Lissagaray, P.-O. (2024). *Historia de la Comuna de París de 1871*. Fondo de Cultura Económica; Merriman, J. (2017). *Masacre. Vida y muerte en la Comuna de París de 1871*. Siglo XXI de España Editores, S. A.; Ross, K. (2016). *Lajo comunal. El imaginario político de la Comuna de París*. Ediciones Akal, S. A.; Michel, L. (1999). *La Commune: histoire et souvenirs*. Éditions La Découverte & Syros.

Llama la atención que Marx haga uso dos veces en el fragmento del vocablo *Rechtmäßigkeit*, que puede traducir «legalidad» y/o «legitimidad». El primer uso se da en relación con en la utilización de las armas en una guerra ya desatada; el segundo uso, en relación con el carácter mismo de la guerra. Desde el primer enfoque, las guerras civiles y las guerras estatales se igualan en cuanto a la *legitimidad* de las armas usadas en la confrontación, en cuanto al *ius in bello*, y los beligerantes pueden acudir a ellas sin mayores miramientos morales, solo estratégicos; pero desde el segundo enfoque, ambas formas de guerra se distancian y se oponen debido a las condiciones objetivas y subjetivas, materiales y políticas, de los enemigos, en cuanto a los fines que buscan, en cuanto a la *autoridad* que declara la guerra, y, por lo mismo, en cuanto a la *legitimidad* para hacerla, o sea, en lo relativo al *ius ad bellum*.

Por ello, el argumento se mueve en tres fases. Primero, situar las acciones específicas en un contexto histórico definido: la guerra civil, en lo referente a formas y métodos de ejercer la violencia militar (*ius in bello*), no se diferencia sustancialmente de la guerra entre Estados, y la *legitimidad* de los diversos recursos y medios para las acciones castrenses no es puesta en duda. Segundo, reconocer a los bandos de la guerra civil como fuerzas beligerantes con intereses y reivindicaciones políticas que tienen la misma autoridad y el mismo deber de acudir a los medios bélicos adecuados a sus objetivos, lo que implica que los comuneros, hegelianamente, conquistaron el *reconocimiento* de fuerza política beligerante *en la lucha a muerte*. Tercero, atribuir a la guerra de los esclavizados, *solo a ella*, el carácter de justa, legítima, tanto por el fin emancipatorio que prosigue, como por los agentes que la llevan a cabo, esta vez sí en contraposición a la guerra injusta e ilegítima entre Estados. Esto significa que Marx despoja al Estado capitalista de la soberanía para declarar una guerra civil y la atribuye a los trabajadores.

Con esta última idea, Marx aborda la cuestión del *ius ad bellum* desde un enfoque revolucionario y subalterno. El *ius ad bellum* queda, de algún modo, simplificado al hecho mismo de la existencia del despotismo, la esclavitud asalariada y la explotación del trabajo por el capital. El catálogo de criterios y los principios morales usualmente establecidos para justificar el inicio de una guerra (desde el Antiguo Egipto hasta la Roma imperial, desde la teología hasta el Derecho Internacional) se condensan en una situación explosiva, intolerable e injustificable históricamente, la ominosa explotación y el robo al que es sometida la clase trabajadora, junto con su correspondiente sometimiento cultural, ideológico y político.

La imposibilidad de evitar el conflicto de clases anida en aquel secreto inconfesable del capital y, por lo mismo, se convierte en la raíz de la única justificación histórico-abstracta necesaria para desatarlo. Además, topológicamente hablando, el *ius ad bellum*, normalmente reservado por el derecho y el pensamiento político tradicional a los Estados, no solo es redefinido, sino también resituado y «traído al interior» de la unidad política, a la lucha de clases llevada a su punto de inflexión. Por este motivo, tiene sentido estratégico y lógico que en el Manifiesto precisen Marx y Engels que, «aunque no por su contenido, la lucha [der Kampf] del proletariado contra la burguesía es primeramente, por su forma, una lucha nacional [nationaler]. El proletariado de cada país debe acabar [fertig werden] en primer lugar, naturalmente, con su propia burguesía» (2018, p. 69), o sea, que el proceso de emancipación de los subalternos debe pasar primero por una fase de guerra civil (la forma), lo que no niega la perspectiva y necesidad de avanzar a espacios internacionales, hacia la universalidad (contenido).

Para concluir este apartado, es posible indicar que Marx desarrolla un concepto amplio de guerra civil, aparejado dialécticamente con un concepto estricto. El concepto amplio implica la forma que adopta la lucha de clases en la sociedad moderna, desplegándose en diversas intensidades, y con objetivos de batalla variados y generalmente moderados, sobre un terreno de fuerzas asimétrico y desventajoso, en primera instancia, para el trabajo. A este concepto amplio de guerra civil se corresponde uno semejante de «armas», entre las que, por inferencia, plausiblemente es viable incluir la organización, las huelgas, los sabotajes a la maquinaria, los disturbios callejeros (lado subalterno), pero también la introducción de maquinaria y tecnología, los despidos, la baja de los salarios, la extensión de la jornada laboral, la represión policial, etc. (lado hegemónico). El concepto estricto, por su parte, acusa la confrontación armada abierta, sangrienta, entre las clases, ya instalados en la dimensión de la relación de fuerzas político-militares, donde irrumpe el dilema revolución / contrarrevolución. Este concepto formula el proceso histórico mismo de la guerra civil moderna y es su expresión desarrollada, verdadera.

A su vez, el concepto amplio y el concepto estricto de guerra civil poseen cargas de opacidad y claridad, distorsión y nitidez, diferenciables. La guerra civil en su acepción amplia es menos visible, ocurre en el recóndito mundo de las sombras, es lo reprimido de la conciencia social; la guerra civil en sentido estricto es la manifestación plena de la contradicción y el antagonismo social, es el retorno de lo reprimido. Ambos conceptos traducen el movimiento mismo de la historia, y su dialéctica consiste en este movimiento.

V. Conclusiones: ¿Neptuno o Plutón?

Cuando J. W. Goethe se involucró en la polémica geológica de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX entre los partidarios del neptunismo y los voceros del plutonismo, confesaba críticamente que su toma de partido tenía un trasfondo político. Para el escritor, la experiencia de la naturaleza misma, desde sus orígenes remotos, dicta que los cambios importantes y duraderos en ella son de tipo neptuniano, no volcánico, es decir, que las frías, lentas y paulatinas transformaciones geológicas producidas por sedimentaciones de minerales en los océanos eran las generadoras de las rocas.

En el contexto de la Revolución francesa y de su influjo en Europa, esto significa que el favor de Goethe se inclinaba hacia la evolución social, no hacia la revolución ni la reacción (2023, pp. 37-38), no hacia la guerra civil. Así como estas progresiones geológicas constituían para el neptunista Goethe la verdad tectónica, así mismo las mutaciones pausadas en el orden humano, en la historia, son las que, a su juicio, forman y solidifican nuestra existencia como sociedad. Esto quiere decir que, en el mundo de los hombres, también opera el neptunismo como verdad histórica, pues las tardas y graduales metamorfosis son las que importan y se buscan, no las transformaciones ardientes, violentas, repentinas y destructivas.

Podemos decir, como conclusión general, que Marx, en este punto, expresa un pensamiento completamente opuesto al de su admirado Goethe, y que su filosofía política posee un núcleo «plutonista». Ciertamente, sus reflexiones sobre la totalidad de la forma social capitalista confirman este calificativo. Marx no solo es continuador de una larga tradición de pensadores que comprenden y reconocen la imbricación de lo político, lo social, lo bélico y lo agonístico; también i

naugura una nueva lectura realista, no empirista, fundada en la concepción materialista de la historia y la crítica de la economía política, que postula la necesaria relación entre división y lucha de clases, explotación y esclavitud del trabajo por el capital, guerra civil y revolución socialista. Sin ninguna ilusión pacifista, sin ninguna fobia a los volcánicos alzamientos plebeyos, desde Marx es posible formular con coherencia el siguiente postulado:

El capitalismo no triunfó en ningún país avanzado del mundo actual (Inglaterra, Francia, Alemania, Italia, Japón o los Estados Unidos) sin un conflicto armado o una guerra civil. La transición económica del feudalismo al capitalismo es, sin embargo, la transición de una forma de propiedad privada a otra. ¿Es imaginable que el cambio histórico mucho mayor implícito en la transición de la propiedad privada a la colectiva, que precisa de medidas más drásticas para la expropiación del poder y la riqueza, asuma formas políticas menos duras? (Anderson, 1985, p. 215).

Consideramos, en consecuencia, que son tres las conclusiones particulares de nuestro estudio introductorio. Al no examinar en estas páginas *El capital*, debemos considerarlas como provisionales y meramente aproximativas al pensamiento de Marx. El examen de la guerra civil en «el proyectil más mortífero lanzado a la cabeza de burgueses y terratenientes» será tarea de una próxima entrega.

La primera conclusión enuncia que Marx comprende el desarrollo de la totalidad social como una guerra civil, acercándola al concepto mismo de lucha de clases. Con ello, restituye a «la guerra civil como paradigma de lo político» (Agamben, 2017a) y lo social, y la conecta a la revolución como proceso *ex ante*.

La segunda destaca que el concepto de guerra civil se desdobra en un sentido amplio y uno acotado, y a cada uno corresponden distintos niveles de oscuridad o visibilidad, en el marco de la *estructura ontológica de la realidad*, que en sí misma no es transparente. Este pensamiento también es plutonista en el sentido que perfora, con la abstracción y el pensamiento lógico-dialéctico, la superficie hacia las aciagas profundidades del inframundo social. Al decir de William Clare Roberts, «la teoría política de Marx es construida como un descenso al infierno social instituido por el capital» (2017c, p. 257). Al igual que con el análisis de la mercancía, en este aspecto de la filosofía política de Marx es plausible señalar que la triada conceptual que permite descifrar los enigmas recónditos de lo político en sociedad moderna es *Klassenkampf / Bürgerkrieg / Revolution*

Finalmente, podemos señalar que en las obras estudiadas no se haya una noción de la guerra civil como estrategia de la revolución. En nuestra tercera entrega observaremos que solo hasta los debates de la Segunda Internacional a propósito de la Primera Guerra Mundial, y, más precisamente, solo hasta los aportes teóricos y prácticos de Vladimir Lenin y Lev Trotski, la guerra civil adoptará el estatus de una *estrategia revolucionaria del trabajo* contra *el capital*, componente de un arte político específico pensado y ejecutado para debilitar, quebrar y finalmente reemplazar la *Herrschaft* de la burguesía por la de los subalternos.

Referencias

- Agamben, G. (2017a). *Stasis: la guerra civil como paradigma de lo político*. Adriana Hidalgo editora.
- Alliez, É., & Lazzarato, M. (2021a). *Guerras y capital. Una contrahistoria*. Tinta Limón / La Cebra / Traficantes de Sueños.
- Anderson, P. (1985). *Teoría, política e historia. Un debate con E. P. Thompson*. Siglo XXI de España Editores, S. A.
- Armitage, D. (2017b). *Civil Wars. A History in Ideas*. Yale University Press.
- Kalyvas, S. (2010a). *La lógica de la violencia en la guerra civil*. Ediciones Akal, S. A.
- Koselleck, R. (2007). *Crítica y crisis. Un estudio sobre la patogénesis del mundo burgués*. Editorial Trotta, S. A.
- Koselleck, R. (2012). *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*. Editorial Trotta, S. A.
- Marx, K. (1973a). *La guerra civil en Francia*. En K. Marx, & F. Engels, *Obras escogidas en tres tomos. Tomo II* (págs. 188-259). Editorial Progreso.
- Marx, K. (1973b). *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*. En K. Marx, & F. Engels, *Obras escogidas en tres tomos. Tomo I* (págs. 190-306). Editorial Progreso.
- Marx, K. (1975a). *El capital. Crítica de la economía política. Libro primero: el proceso de producción del capital*. Siglo XXI Editores, S. A. de C. V.
- Marx, K. (1975b). *Miseria de la filosofía. Respuesta a la "Filosofía de la miseria" de P.-J. Proudhon*. Siglo XXI Editores, S. A. de C. V.
- Marx, K. (2008). *Contribución a la crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel. Introducción*. En K. Marx, *Escritos de juventud sobre el Derecho. Textos 1837-1847* (págs. 93-112). Anthropos Editorial.
- Marx, K., & Engels, F. (2018). *Manifiesto del Partido Comunista / Manifest der Kommunistischen Partei* (Edición bilingüe). Ediciones Akal, S. A.
- Postone, M. (2025). *Tiempo, trabajo y dominación social. Una reinterpretación de la teoría crítica de Marx*. Irrecuperables.
- Ramas San Miguel, C. (2021b). *Fetichismo y mistificación capitalistas. La crítica de la economía política de Marx*. Siglo XXI de España Editores, S. A.
- Roberts, W. (2017c). *Marx's inferno. The political theory of Capital*. Princeton University Press.
- Safranski, R. (2023). *Romanticismo. Una odisea del espíritu alemán*. Tusquets Editores, S. A.
- Schmitt, C. (2001). *El concepto de lo "Político" (Texto de 1939)*. Fondo de Cultura Económica.
- Schmitt, C. (2010b). *Ex captivitate salus. Experiencias de la época 1945-1947*. Editorial Trotta, S. A.
- Traverso, E. (2022). *Revolución: una historia intelectual*. Fondo de Cultura Económica de Argentina, S. A.
- Zelený, J. (1978). *La estructura lógica de "El capital" de Marx*. Editorial Grijalbo, S. A.